

JAVIER CANO

DOMÉSTICA Y LEJANA, INALCANZABLE

Noche discípula

Noche de madrugada
la luz pone un ejemplo:
tú desvelada

Primera caída

Tiene el salón la mañana dentro
y tú descienes, para tentarme,
de la mañana hasta el sofá azul
con tu argumento de lencería
y la bandeja del desayuno:
esa sonrisa de pan y leche
donde los labios húmedos,
que
se me deshace junto a la lengua
como galletas blandas al borde
de la saliva;

Ese sabor dulce
-largo de azúcar- en el pulgar
del pie que apuro relamiendo
su brevedad de cucharilla;

hilos
de mermelada tibia desli-
dándose lentos por el muslo
y una

flor de paté en el lugar exacto
que reconozco con dedos débiles
tras el encaje mínimo

Así,
entre gemidos de presa fácil,
Caigo en los límites de tu cuerpo
como en la sed de una trampa abierta

Tu luz diaria
Mientras te descubro
bajo el edredón
-como si entreabriese
la envoltura frágil
de un regalo ajeno-
la ciudad delira
sin tu sombra, sigue
tu vacío hipnótico
del espejismo o sueño
como a la certeza
de un rastro improbable.

Los gastos sin nombre;
La canción metálica
de cualquier semáforo;

el paso de cebra
que nadie utiliza,
gastado y absurdo;
la cabina azul
o los autobuses.
Todo te convoca
al misterio próximo
de esta luz diaria
que insinúa sus vértices
tras la contraseña
de la cerradura,
todo convalece
tras el grumo lento
de lo infranqueable
hasta que decides
descender al vértigo
de las avenidas
y ensayar, de un modo
involuntario, la
lentitud de piazza
que te dio Florencia,
la prisa de puentes
que entre zapatos
olvidó Paris
o esa forma tuya

de no andar adrede
que esperó, otra vez,
Lisboa en sus calles
el último agosto.

Ático

El piso ya conoce tus pasos; la manera
que tienes de marcharte; tu hora de volver;
el número pequeño que gastas en la acera;
tu asombro en las ventanas cuando miras al caer
la lluvia entre los pájaros; el rastro de perfume
que dejas suspendido detrás
de tu última palabra; la percha que resume,
sin ropa ni desorden, la tarde que no estás;
el tono de tu móvil; tu molde en el sillón;
las cosas que interrumpes si ves que me he dormido;
la desnudez posible que oculta tu pijama;
tu voz al despertarte; tu nombre en el buzón;
la forma con que sigues, después de haberte ido,
llenando, ya sin cuerpo tu lado de la cama.

Campana 3

Esta mesa te sabe, reconoce tus brazos, su reposo de hoja. Esta mesa es de isla, rodeada por grupos íntimos como el sueño, como cajón de armario. Convierte a tu mirada la gente que pasea, los comercios cerrados, el otoño... A veces coincidimos en ella y yo

aprendo a observarte salvando la estatura de los vasos, apoyándome en una servilleta,
desoyendo la música y los niños, olvidándolo todo, prefiriéndote.

Noli me tangere

``No me toques

Juan 20,17

Como el tiempo o la mano que decide
la medida de sal,
o como el niño
que en mitad de su fiesta llora y huye,
tiene el amor ``sus días...

Esos ojos
Abren el sueño aún, y eres tan bella
así,
yacente
inmóvil
en el mármol vacío de la sábana.

Honda Venus del tránsito:
tus pies
se arrodilla la aurora amaneciendo.
Todo amanece ya
menos la sombra
sedada de tus párpados.
La lésbica caricia de la luz

labra en tu piel su antigua transparencia
y en mí la sangre crece con prisa y con deseo,
se erige hacia ti,
estalla
como un altorrelieve.

No es la hora, lo sé...
pero yo acudo
a la palabra de tu ropa ungida
con el aroma exacto de tu carne
antes de que la ducha te bautice
o me acostumbres a la eternidad,

doméstica

y lejana,
inalcanzable

en la gloria inmediata de otro cuarto.

Incómodo y lascivo vulnero tu contorno,
afiló mi silencio para que no despiertes
y entro al fin a tu noche como un barrio difícil,
a una prueba o a un sótano:
tan descalzo y furtivo

allí me entrego,
sobre la losa en llamas que sostiene l
a hipnótica extensión de tu desnudo

hermoso y detenido
lo mismo que un paisaje;
donde ahora resucitas,
abandonas
el paño de pureza y me descubres
tanta impúdica piel,
tanta cintura
amortajada para la inquietud.

Pero prefieres la distancia,
el labio
fúnebre del embozo –esa violencia
de pétalo al rozarte-.
La sed mínima
Que la almohada derrocha por tu cuello;
Esta sórdida calma
Que recuerda los días sin periódico.